

COLECCIÓN SOCIOLOGÍA  
PERSONAS, ORGANIZACIONES, SOCIEDAD

---

**LABORATORIOS ETNOGRÁFICOS**  
*Los archivos de la antropología en Chile*  
(1880-1980)

Laboratorios etnográficos  
*Los archivos de la antropología en Chile*  
(1880-1980)  
Jorge Pavez Ojeda

Ediciones Universidad Alberto Hurtado  
Alameda 1869– Santiago de Chile  
mgarciam@uahurtado.cl – 56-228897726  
www.uahurtado.cl

Impreso en Santiago de Chile por C y C impresores  
Primera edición de 500 ejemplares: septiembre de 2015

**Este texto fue sometido al sistema de referato ciego**

ISBN libro impreso: 978-956-357-036-6  
ISBN libro digital: 978-956-357-037-3  
Registro de propiedad intelectual N° 253510

Dirección Colección Sociología: Personas, Organizaciones, Sociedad  
Sebastián Ureta

Dirección editorial  
Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva  
Beatriz García-Huidobro

Diseño de la colección y diagramación interior  
Francisca Toral

Imagen de portada: Abelina Payllalef, hija de Ambrosio Payllalef y la primera niña de la Misión de Kepe, 1899-1900, Álbum de la Misión Anglicana, en Menard y Pavez (2007: 56).



Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

LABORATORIOS ETNOGRÁFICOS  
LOS ARCHIVOS DE LA ANTROPOLOGÍA EN CHILE  
(1880-1980)

Jorge Pavez Ojeda



EDICIONES  
UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO



*Para Lilith y Thelonius*



## ÍNDICE

Prefacio .....	15
Agradecimientos .....	21
Introducción .....	25
De laboratorios y archivos .....	25
Sobre los “padres fundadores” .....	28
Antropología colonial y antropología posmoderna .....	32
Dialogía e iniciación: unanimidad, secreto y autoridad .....	34
Políticas de la historia y coproducción etnográfica .....	40
La división internacional del trabajo etnográfico .....	46
 Parte I	
LA CIENCIA ALEMANA EN LA FUNDACIÓN DE LA ETNOLOGÍA EN CHILE (1890-1945) .....	57
<i>Volkerkunde y Volkgeist</i> en los Andes .....	59
 Capítulo I	
La lengua de Chile:	
Rodolfo Lenz entre chilenos y mapuche .....	67
Un araucanismo (neo)humboldtiano contra el araucanismo (pos)nebrjense .....	72
“ <i>Aflayai mapuche dugun</i> ”: el dispositivo etnográfico de la lingüística araucanista .....	85
La red etnográfica araucanista y las tareas de la traducción .....	96
Lenguas indígenas y lengua nacional en el laboratorio lenziano .....	113
El <i>Diccionario etimológico</i> : sustratismo, araucanismos y chilenismos.....	118

El “embrujo alemán”, la Sociedad de Folklore y sus enemigos .....	132
De la Barra: Fonetismo y embrujo alemán .....	133
Nicolás “Curiñamcu” Palacios: los re-muluche de Nawelbuta contra la filología de mestizos .....	144
La reacción moralista: el folklore sexual y la caída de la Sociedad de Folklore .....	151
Conclusión sobre Rodolfo Lenz y Andrés Bello.....	159

## Capítulo II

La historia antigua americana: Max Uhle y la arqueología panandina.....	169
--	-----

El panandinismo y los aborígenes de Chile .....	169
El viaje arqueológico y las “provincias geográficas” .....	170
Cronotopía arqueológica: la introducción de “la idea de tiempo” en el espacio andino .....	180
Mercado y ciencia de las antigüedades: campañas arqueológicas y soberanía nacional .....	196
Problemas de la prehistoria en Chile .....	207
La matriz atacameña, un don para la República .....	212
<i>Changos und Pisagua</i> : reconstrucción de la excepción chango .....	224
Aborígenes y primordiales en la playa Chinchorro de Arica .....	235
Campaña a Taltal: una estación paleolítica para el norte de Chile .....	237
Los aborígenes como anomalía y fetiche .....	246
El <i>pathos</i> uhliano .....	257

## Capítulo III

“ <i>Like Christian God!</i> ”: la etnografía yámana de Martin Gusinde s.v.d. ....	261
---	-----



Watauinewa “ <i>like Christian God</i> ”: dialogismo etnográfico, secretos iniciáticos y división internacional del trabajo de traducción .....	265
El contrato de (re)presentación: política y economía del intercambio en la relación etnográfica .....	283
Infancia primitiva: los niños en la división internacional del trabajo de representación .....	303

## PARTE II

ARAUCANISMO: RAZA E HISTORIA .....	317
------------------------------------	-----

### Capítulo IV

*Mapuche nüttram chilkatun/* Escribir la historia mapuche.

Tomás Guevara y <i>Las últimas familias araucanas</i> .....	319
---	-----

Operación historiográfica y laboratorio etnológico:

cuerpo y escrituración del texto .....	321
Los autores escritores .....	329
Los autores narradores .....	336
Del laboratorio etnográfico a la oficina política: diacronía y sincronía de la doble columna .....	351
La “raza de librería” del “araucano moderno”: nacionalismo cultural y nacionalismo político en Manuel Manquilef .....	366
Nación y reducción: los lugares de memoria (bibliología, topología, genealogía) .....	375
La historia como epístola y retrato .....	381

### Capítulo V

Misioneros y republicanos en la (porno) etnología araucanista .....	385
---	-----

Fotografía colonial y retrato cívico en el álbum

de la Misión anglicana .....	385
------------------------------	-----

Ciencia sexual y erotismo mapuche: los problemas de la reproducción etnonacional .....	394
La ética protestante contra la ciencia sexual colonial-republicana .....	399
Pasión y pudor del patriarcado nacionalista .....	416
Aura carismática y racionalidad técnica en la política misional protestante .....	424
PARTE III	
ANDINISMO: MUERTOS Y MUSEOS .....	435
Capítulo VI	
La vida de las momias. Hallazgo, captura y patrimonialización de los restos humanos por el andinismo chileno .....	437
De las “momias peruanas” a la “momia de Chuquicamata” (1821-1899) .....	437
El impensable Chinchorro: las “momias de preparación compleja” de Max Uhle (1917-1984) .....	448
La momia del cerro El Plomo (1954-2012): la vuelta del Inca a Chile central de mano de los huaqueros .....	466
Sobre el gusto público por las exhibiciones de momias .....	487
Capítulo VII	
Fetiches kongo y soberanía colonial chilena.	
Gustavo Le Paige s.j. y las momias atacameñas .....	495
La soberanía del misionero .....	496
Fetiches kongo, arte cristiano y evangelización colonial de África .....	498
Poder, magia y tabú: la excavación de los “gentilares” atacameños .....	506

Niños y fetiches: trabajo y disciplina, filiación y conversión .....	518
Economías de la exhibición, el tributo y la disciplina .....	530
La gran exhibición y la consolidación colonial republicana .....	543
Indigenismo militar y colonialismo fronterizo .....	548
Referencias consultadas .....	558
Fuente de las ilustraciones .....	596



## PREFACIO

Este libro es el resultado de investigaciones que he venido desarrollando intermitentemente desde hace más de diez años. A principios de los años 2000, cuando concluía el magister en Historia que cursaba en la Universidad de Chile, mi compañero el historiador mapuche Pablo Marimán me regaló una fotocopia del libro de Tomás Guevara, *Las últimas familias y costumbres araucanas* (1913), recomendándome con entusiasmo la lectura de los relatos mapuche que contenía la obra, que él consideraba textos clave para la reconstrucción de la “historia nacional mapuche”. El año 2002, recién llegado a París para realizar estudios de doctorado, conocí al editor Claudio Cratchley quien, junto a varios miembros del Centro de Documentación Mapuche Liwen, se encontraba realizando una nueva edición de la parte bilingüe del libro de Guevara. Entendí entonces que era imprescindible conocer más a fondo la obra de Tomás Guevara para resaltar la importancia de este libro y la forma en que había sido producido, por lo que me instalé varias semanas en la mítica biblioteca del Museo del Hombre en el Trocadero, a leer los diferentes tomos de la serie *Historia de la civilización de la Araucanía* (del cual *Las últimas familias* es el volumen VI). Descubrí que la entonces bastante olvidada obra del profesor Guevara contenía innumerables documentos y fragmentos en mapudungun de diferentes géneros literarios e históricos, y que esos textos habían sido recopilados gracias a una impresionante red de líderes, letrados y estudiantes mapuche vinculados al Liceo de Temuco primero y a la Sociedad Caupolicán Defensora de la Araucanía después. Tomás Guevara había sido rector de ese liceo y presidente honorario de esa sociedad. Me quedó claro entonces que este “sociólogo criollo” –como le llamó su discípulo Manuel Manquilef– y sus colaboradores mapuche habían realizado una “operación historiográfica” única en la historia de la antropología chilena y de la sociedad mapuche, la que no había sido debi-

damente conocida ni destacada. Los resultados de mis lecturas guevarianas fueron presentados en París y publicados unos años después en Chile.

Al mismo tiempo, en esos años, el diálogo con los investigadores africanistas en Francia y sucesivas lecturas de historia de la antropología y la colonización de África, me fueron mostrando que el “gabinete etnográfico” que operaba en Temuco se había constituido también en diferentes partes del mundo colonial de la primera mitad del siglo XX. Letrados y dirigentes “indígenas” de África, Asia y América habían colaborado de diferentes maneras en el trabajo de dar forma escrita a la historia y la cultura de las sociedades colonizadas. De hecho, esta estructura de producción etnográfica parecía ser una condición de posibilidad de cualquier etnología, y también una condición de posibilidad para una representación “nativa” de las sociedades coloniales en las narrativas nacionales e imperiales. Mi interés por la historia africana remontaba a mi juventud en el exilio, que había pasado entre Malí y Níger, interés historicista que luego se había plasmado en mi tesis de magíster sobre la etnohistoria de la capital mossi de Burkina Faso, Wagadugu. Como luego del magíster tuve la oportunidad de residir por un año en la ciudad de La Habana, Cuba, decidí dedicar mi investigación doctoral al “africanismo en Cuba”, enfocándome precisamente en el estudio de las textualidades afrocubanas, sus agentes y condiciones de producción. Ahí se me hizo evidente el enorme despliegue de las redes disciplinarias europeas que impregnaron de diversas maneras las formas criollas latinoamericanas de comprensión de la alteridad, ya sea indígena amerindia o afroamericana. Por mucho que reclamaban la independencia de “nuestra América”, los precursores del pensamiento etnológico en Latinoamérica y el Caribe estaban atrapados en los marcos conceptuales y empíricos de la ciencia imperial europea y norteamericana. Así también, reproducían el tipo de relaciones, dialógicas pero jerarquizadas, que permitían la producción de un conocimiento etnográfico útil a los proyectos de colonización, asimilación, criollización, transculturación o arreducciónamiento de la alteridad étnica y racial. Al mismo tiempo, mientras mayor era su contacto e intercambio con los “informantes nativos”, la antropología lograba desprenderse de las teorías metropolitanas y formular explicaciones particularistas a la formación de las sociedades colonizadas. Estas constataciones fueron una base importante para pensar la “derrota del área cultural”, nombre que propusimos para la primera serie de los *Anales de Desclasificación*, una revista creada

para publicar documentación inédita, olvidada o escondida por las lógicas de clasificación de la dominación colonial.

Desarrollé entonces la incipiente metodología que me había dado buenos resultados con Tomás Guevara, para estudiar el “gabinete etnográfico” de Fernando Ortiz en Cuba, intentando una aproximación comparativa a la historia de la antropología en Latinoamérica. Cuando vuelvo a Chile en el año 2005, las Jornadas de Pornología que convocamos en Valparaíso con el Laboratorio de Desclasificación Comparada me llevaron a sistematizar los trabajos de Guevara enfocados a la sexualidad mapuche, a la que refiere como “costumbres genésicas araucanas”. A poco andar, con los antropólogos Rolf Foerster y André Menard iniciamos un proyecto de búsqueda de archivos mapuche, motivados por la necesidad de ampliar el ámbito de las fuentes escritas de la historia de ese pueblo, incorporando los escritos de los mismos mapuche como autores o coautores del araucanismo y la “mapuchología”, muchas veces subsumidos en las narrativas nacionales o etnológicas chilenas. Además de conocer más en detalle el archivo de Rodolfo Lenz, esta búsqueda nos permitió el hallazgo del inesperado álbum fotográfico de la Misión anglicana de Kepe, el que mostraba un imaginario desconocido hasta entonces de las actividades políticas, educativas, económicas y religiosas de los mapuche vinculados a la Misión Araucana. A partir del 2007, año de publicación de *Mapuche y Anglicanos*, fui contratado como investigador del Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo de San Pedro de Atacama, lo que significó el desafío autoimpuesto de abocarme al estudio de la antropología andinista, y especialmente a la historia del Museo Arqueológico y de su fundador Gustavo Le Paige s.j. La tarea se veía favorecida por la disponibilidad en el museo de los archivos y colecciones acumuladas por el sacerdote arqueólogo durante sus casi treinta años de residencia en Atacama. Para dimensionar más ampliamente la oscura particularidad del caso Le Paige, me dediqué alternadamente al estudio del andinismo boliviano, el cual otorgaba muchas claves para entender lo que estaba en juego en las disputas científicas por el control epistemológico de los Andes centrales. Entre mis investigaciones bolivianas y otros estudios regionales más contemporáneos, me tomó varios años revisar el archivo Le Paige y empapar me de las disciplinas andinistas, que al igual que las del araucanismo o “mapuchología”, constituyen un área densamente poblada de textos, teorías y controversias científicas. El revisionismo histórico de

la arqueología y la antropología viene generando bastante interés en el ámbito académico internacional, lo que me llevó a presentar avances de estos trabajos en la Universidad de Rennes, en el Museo Nacional de Río de Janeiro y en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, además de ser invitado a varios eventos académicos sobre imagen, patrimonio y archivos realizados en varias regiones de Chile.

En el año 2012, los diferentes textos que había escrito sobre la historia de la antropología en Chile, Cuba y Bolivia, me llevaron a pensar en su compilación en un libro, proyecto que propuse y fue aprobado por el Instituto de Estudios Avanzados de París. Esto me permitió trabajar durante seis meses entre París y Berlín, donde parece acumularse absolutamente todo el conocimiento americanista producido durante los siglos XIX y XX. Esto es tan así que el libro que había pensado comparando la historia de tres países (Chile, Bolivia y Cuba), terminó dedicado casi exclusivamente al archivo antropológico de Chile (y sus ramificaciones internacionales). Esto porque cada uno de los pasos que me faltaba realizar constituyó un viaje en sí mismo: la operación lingüística de Rodolfo Lenz y la especificidad de Chile en el panandinismo de Max Uhle me convencieron definitivamente del aporte decisivo de los “laboratorios etnográficos” alemanes como fundadores de la etnología científica en Chile, y de la necesidad de visibilizar ese estrato olvidado del archivo etnográfico del indigenismo temprano.

Con mi partida de San Pedro de Atacama el año 2013, se vino a cerrar el ciclo de esta investigación sobre las disciplinas antropológicas, sus mecanismos de poder, sus redes clientelares, sus funciones como aparatos de reproducción ideológica del colonialismo nacional, los mitos, leyendas y olvidos de su origen. Después de seis años observando y conviviendo con las “ciencias antropológicas” (antropología social, bioantropología, arqueología, etnohistoria) en la operación diaria de su institucionalidad museológica y de investigación científica, y sobreviviendo a las guerras permanentes de arqueólogos y antropólogos intentando someter al otro en el rol de “ciencia auxiliar”, era necesario cerrar este ciclo de estudios. Esta investigación fue así un largo proceso de inmersión en el estudio de la antropología y de las ciencias que la hicieron posible —la lingüística, la arqueología, la etnografía, la etnohistoria, la etnología, la bioantropología—, estudios que requerían empezar por el lugar y los agentes de su fundación en Chile: Rodolfo Lenz, Max Uhle, Martin Gusinde, Tomás



Guevara, Ricardo Latcham, Grete Mostny y varios otros. Aprendiendo de estas ciencias, auscultando sus archivos, y practicando su deconstrucción, se fueron configurando las historias de estos “laboratorios etnográficos” y la coproducción de los archivos indígenas.



## AGRADECIMIENTOS

A lo largo de los años, muchas personas contribuyeron al desarrollo de la investigación que sustenta este libro. Varios colegas me han ayudado a pensar y desarrollar las ideas presentadas aquí. Estoy especialmente agradecido de la interlocución que me ofrecieron André Menard, Andrés Ajens, Carmen Beatriz Loza, Claudio Cratchley, Cristina Garrido, Héctor Morales, Jean-Louis Fabiani, Joaquín Bascopé, Joao Pacheco de Oliveira, José Ancán, José Bengoa, Stefanie Gänger, Stephan Palmié, Rolf Foerster, Rodrigo Naranjo, Pablo Marimán, Pedro Marimán y Bruno Fernandes. Fue también valioso el apoyo prestado por Juan Pablo Barril, Larisa de Ruyt, Tamara González, Tamara Leal y Óscar Fernández, en las tareas de investigación. En las instituciones a las que recurrí en mis búsquedas documentales, agradezco especialmente a Julien Volper (MRAC, Tervuren), Paz Núñez-Regueiro (MQB, París), Adriana Muñoz (WCM, Goteborg), Gudrun Schumacher (IAI, Berlín), Saúl Cervantes (IIAM, San Pedro de Atacama), Manuel Arturo Torres (IIAM, San Pedro de Atacama), Carolina Zuaznabar (MHN, Santiago), Anne Raggi (MHN, París), Christine Bastard (MHN, París), Soledad Abarca (BN, Santiago), y Carmen Cerezo (MA, Madrid). Y por supuesto, estaré siempre en deuda con Lilith Kraushaar, compañera de vida que alentó, ayudó y soportó durante los últimos seis años mi obsesión con este trabajo.

Algunas de las partes de este libro fueron publicadas en versiones más breves o presentadas en eventos académicos. Una versión muy preliminar del capítulo sobre Max Uhle y la arqueología chilena fue presentada en un taller de trabajo del proyecto Ecos Conicyt en la Universidad de Rennes 2 el año 2012. Una parte del artículo sobre Rodolfo Lenz y la lingüística alemana fue presentada en las jornadas de homenaje a Pascual Coña en la Universidad Católica de Temuco en el 2014. Partes de ambos trabajos sobre científicos alemanes fueron también presentados este

mismo año en el Humboldt-Kolleg “El surgimiento de las disciplinas en América Latina” realizado en la Universidad de Chile en Santiago. Ambos capítulos habían permanecido hasta hoy inéditos. Una versión del capítulo sobre Martín Gusinde y la etnografía fue presentada en las Jornadas sobre Colonialismo Nacional desarrolladas en Punta Arenas en el 2011, versión que fue publicada previa ampliación por la revista *Magallania* (2012). El artículo *princeps* sobre el laboratorio etnológico de Guevara fue presentado en las Jornadas “De lo étnico a lo nacional” (París, 2002), publicado por la *Revista de Historia Indígena* (2004), luego también presentado y discutido en el homenaje a los cien años de la Sociedad Cau-policán en Temuco el año 2010. El capítulo sobre pornología araucanista recoge mi participación en las Jornadas Internacionales de Pornología en la ciudad de Valparaíso (2005), en parte retomada en un texto publicado con André Menard: la introducción al álbum de fotografías de la misión anglicana de Kepe, *Mapuche y Anglicanos* (2007). Partes del capítulo sobre la vida chilena de las momias fueron presentadas en el año 2012 en el Coloquio Imagen y Política desarrollado en las Universidades Arcis y Metropolitana de Santiago, en el Simposio “El patrimonio como producción política del archivo” del III Congreso Latinoamericano de Antropología en Santiago, y en el Segundo Seminario Interdisciplinario del IIAM “Objetos, patrimonio (in)material” realizado en San Pedro de Atacama, quedando estas versiones inéditas. El capítulo sobre Gustavo Le Paige y la arqueología atacameña es una versión revisada y ampliada de la que se publicó en la revista *Estudios Atacameños* (2012), la que a su vez había sido presentada en el simposio “Los archivos antropológicos de la nación” del VII Congreso Chileno de Antropología realizado también en San Pedro de Atacama en octubre de 2010. Los seminarios que realicé en el Programa de Antropología Social del Museo Nacional de Río de Janeiro y en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, gracias a la amable invitación de los profesores Joao Pacheco de Oliveira y Jean-Louis Fabiani, respectivamente, me permitieron ordenar varios de estos materiales y desarrollar ideas para su interpretación. Aprovecho entonces de agradecerle a ellos, así como a los organizadores de los coloquios y simposios mencionados (Luc Capdevilla, Jimena Obregón, Pedro Marimán, Julio Vezub, Diego Escolar, Joaquín Bascopé, Néstor Sepúlveda, André Menard, Héctor Morales, Carlos Sanhueza, Gertrudis Payás y José Miguel Zavala) y a los editores de las publicaciones señaladas

(José Luis Martínez, Flavia Morello, Mark Hubbe) por dar espacio y valoración a estas propuestas.

Los financiamientos que hicieron posible las investigaciones de las que derivan los diferentes capítulos de este libro también fueron diversos y dispersos en el tiempo. Los primeros hallazgos los realicé durante mis estudios de doctorado en París con la Beca Presidente de la República (2001-2004), y un financiamiento para trabajo de terreno en Chile de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (2002).

Retomé las investigaciones en historia de la antropología mucho después, cuando entre los años 2010 y 2012 participé en el proyecto de cooperación internacional ECOS-Conicyt C09-H01 “Formas del colonialismo republicano en el Cono Sur (1850-1950)” dirigido por Luc Capdevilla y Rolf Foerster. El mismo año 2011 profundicé el trabajo durante una pasantía en el Departamento de Antropología de la Universidad de Chicago, gracias a la invitación de Stephan Palmié y el financiamiento del proyecto del Ministerio de Educación de Chile Mecesup-UCN-0703 “Fortalecimiento e internacionalización de los estudios de posgrado en antropología”, desarrollado por la Universidad Católica del Norte. El año 2013 pude concretar la redacción de algunos capítulos gracias a una beca de residencia en el Institut d’études avancées de París, apoyado por el estado francés en el marco del programa “Investissements d’avenir” de la Agence Nationale de la Recherche (ANR -11-LABX-0027-01 Labex RFIEA). Y el año 2014 pude dar forma definitiva a este libro como coinvestigador del proyecto Fondecyt Regular 2014 N° 1140921 “Estudio del sentido, uso y circulación de categorías mágico-carismáticas en los discursos antropológicos y políticos referidos al mundo mapuche en Chile entre 1880 y el presente” (2014-2016). Finalmente, quiero agradecer a los colegas del Departamento de Sociología de la Universidad Alberto Hurtado –Carolina Stefoni y Sebastián Ureta– por apoyar decididamente este proyecto, a Alejandra Stevenson y al equipo de las Ediciones de la UAH por trabajar en la materialización de este libro.



Chile: Localización aproximada de laboratorios étnicos

## INTRODUCCIÓN

### De laboratorios y archivos

Hace varios años, cuando empecé a estudiar los textos etnográficos producidos en Chile a finales del siglo XIX, pensé en la noción de “gabinete etnográfico” para indicar el lugar y las prácticas de producción de estos textos. Se trataba de una especie de oxímoron consciente, porque la idea de “gabinete” se había siempre considerado en antropología como lo opuesto al “trabajo de terreno”: el “antropólogo de gabinete” o *armchair anthropologist* (“antropólogo de sillón”, que no se mueve de su escritorio) se oponía al etnógrafo de campo así como el evolucionista decimonónico se oponía al funcionalista de entreguerras. Pero la seducción del término estaba en llamar la atención sobre la constitución *en* el terreno etnográfico de un gabinete etnológico, como lugar de producción de textos y depósito de colecciones, que se traslada a la frontera misma de la colonización. La oficina del etnólogo se desplazaba a los territorios colonizados, permitiendo con este movimiento que los habitantes nativos de estos territorios se pusieran también a escribir sobre el escritorio de campaña.

Como veremos en esta introducción, gran parte de las reflexiones teóricas que sustentan esta investigación provienen de los estudios poscoloniales y la llamada antropología posmoderna, pero en los últimos años hemos podido observar cierta convergencia entre estas líneas críticas y los estudios de sociología de la ciencia. Me pareció entonces que la noción de *laboratorio* condensaba una mayor carga semántica y política, precisando a la vez que ampliando el rango de problemas epistemológicos, políticos, sociales y narrativos que permitía abordar. No se trataba ya solo aquí de un problema de historia de la antropología, sino de la producción del sentido, de la alteridad y de la diferencia político-cultural, de producción y acumulación de registros y marcas constitutivos de un archivo histórico sobre los pueblos colonizados.

La noción de laboratorio permite significar la conjunción de varios agentes, procesos y prácticas. En primer lugar, una *topología* o tópica de la producción del conocimiento. Para los estudios de la ciencia, laboratorio es “el lugar donde trabajan los investigadores”, y donde se encuentran y reúnen los instrumentos o “inscriptores” (personas y aparatos) de las operaciones científicas, todos dispositivos que producen formas de visualización de un saber (Latour 2005: 154 y 163). Es un lugar donde “se ‘perfecciona’ el orden natural” y también “se ‘actualiza’ el orden social”; por eso, “sitio de observación privilegiado” para dar cuenta de transformaciones del orden social en los espacios locales (Kreimer 2005: 30). Como señaló tempranamente Karin Knorr-Cetina (2005), el laboratorio es un lugar de “construcción” y no de “descripción” de la realidad; de ahí la importancia de la “indexicalidad” como referencia etnometodológica al contexto de sentido de esa construcción social. El laboratorio es un lugar de experimentación, experimentos que se realizan bajo ciertas condiciones cuyo control sustenta las pretensiones de validez de los enunciados y las clasificaciones científicas. En el caso de los laboratorios etnográficos, estos lugares son territorios completos sometidos a procesos de ocupación estatal y de colonización, y sus experimentos son las profundas transformaciones de las sociedades intervenidas por el proceso de expropiación colonialista.

De manera que el concepto de laboratorio también nos remite a una *economía* de la producción del saber. Economía hecha de negociaciones diarias y de un trabajo de la contingencia que constituyen la “caja negra” pocas veces auscultada del laboratorio (Knorr-Cetina 2005, Doing 2008). Como toda economía política, la economía del laboratorio también está hecha de economía libidinal, la que en los laboratorios etnográficos implica la producción deseante de sujetos de la diferencia, como los llamados “primitivos” y los llamados “civilizados” (Lyotard 1974). Por eso cierta antropología clásica dice que no hay modo de producción, no hay dialéctica, no hay inconsciente, no hay historia ni escritura en las sociedades primitivas. Se trata del deseo del antropólogo, que gobierna sus intereses y sus negociaciones en el laboratorio etnográfico: “No hay sociedad primitiva”, sino es en el deseo del europeo. Lo que queda por averiguar es si entre este europeo deseante de un otro primitivo y el otro enfrentado al europeo deseante, se impondrá la economía de la negociación o la simple negación dialéctica, como una descripción de la alteridad que “el avan-



ce del espíritu” está llamado a superar (Bhabha 2002). Paradójicamente, el imperialismo disciplinario de esta antropología dominante fundadora llevará directamente a los nacionalismos metodológicos que reifican los sujetos de la diferencia... nacional.

Finalmente, el concepto de *laboratorio* tiene cierta *anatomía*, que tiene que ver con lo que se ha venido tratando como el estudio de la “ciencia haciéndose”, en oposición a la “ciencia ya hecha” (Kreimer 2005, Doing 2008). Se trata de la densidad de debates y controversias que hacen trabajar la ciencia, sus recursos, sus agentes y sus laboratorios. Esta anatomía de la “ciencia en acción” se ha estudiado a partir de etnografías de los laboratorios científicos, cuyas potencialidades, sin embargo, son muy diferentes a las historias de los laboratorios de la etnografía. Ciertos estudios etnográficos (Woolgar 1982, Latour 2005) han insistido en una noción demasiado metafísica para el estudio de la ciencia: la necesidad de la “presencia” en el laboratorio, presencia en la observación, presencia ante los instrumentos, presencia de los representantes de la ciencia, etc. Los laboratorios etnográficos que estudiamos aquí están muy lejos en el tiempo como para acceder a su “presencia”, y sin embargo, podemos dar cuenta de ellos por el conjunto de huellas que dejaron. Las inscripciones topológicas, las marcas de sus economías y los informes de su anatomía se encuentran en el archivo de su producción. El archivo mismo, el conjunto de las inscripciones textuales y visuales producidas en el laboratorio de los territorios indígenas, da cuenta de la “vida del laboratorio” colonial y de su economía política y libidinal. Es el archivo que da cuenta de la co-producción del registro etnográfico, como proceso suprimido de la conciencia disciplinaria (borrado como pura contingencia) o reprimido en el inconsciente (y registrado en una memoria que se activa en su exteriorización por la escritura o la imagen). La materialidad del archivo entonces, y no la presencia del espíritu, es lo que permite conocer la genealogía de los laboratorios etnográficos y también pensar la propia producción del archivo como efecto topológico, nomológico y económico de los laboratorios: “La ciencia solo puede consistir, en su movimiento mismo, en una transformación de las técnicas de archivaje, de impresión, de inscripción, de reproducción, de formalización, de ciframiento y de traducción de marcas” (Derrida 1995: 31).

Estas aclaraciones iniciales permitirán al lector entender mejor la estructura de este libro. No se trata de un proyecto de síntesis comprensiva

y global de *la* historia de la antropología en Chile, por lo que se podrán fácilmente detectar ausencias, lagunas, faltas y vacíos propiamente historiográficos. Esto porque las condiciones mismas de posibilidad de la práctica y el archivo etnográficos no llevan a pensar *una* historia de la antropología, sino más bien a conocer cada laboratorio etnográfico en su especificidad y sus relaciones con otros de su tipo. La identificación de *todos* los laboratorios etnográficos que se han implementado en Chile sería demasiado extensa y no tendría más sentido que el de un inventario de autores, lugares y obras, desprovisto de toda reflexión sobre la singularidad de cada uno de estos. En cambio los estudios de casos, como los que proponemos, permiten el planteamiento de diferentes problemas teóricos y metodológicos relativos tanto a la historia de la antropología, como a la sociología de los laboratorios, la teoría del archivo, la escritura y la imagen, así como la crítica de las diversas formas del colonialismo y la colonización. Cada caso estudiado nos permite acceder a una escena de la escritura antropológica como coproducción del archivo; al observar en detalle estas escenas, podremos enfrentar una variedad de preguntas: ¿Cómo, cuándo y dónde se desarrollaron los laboratorios etnográficos en Chile? ¿Cuáles fueron sus principales producciones? ¿Cuáles fueron los principales problemas teóricos y empíricos que abordaron estos laboratorios? ¿Quiénes trabajaron en su resolución? ¿Qué tradiciones científicas fueron movilizadas para su implementación? ¿Cómo se fue conformando el archivo de la antropología? ¿Cuál fue su devenir a lo largo del siglo XX? ¿Qué relación tuvieron estos laboratorios etnográficos con los procesos de colonización? ¿Qué instituciones surgieron de los primeros laboratorios y cuál fue su destino posterior? ¿Cómo se explica la proyección o desaparición de estas instituciones? ¿Cómo se relaciona la antropología contemporánea con su archivo histórico?... En lo que sigue de esta introducción, presentaremos algunas nociones que nos ayudarán a proponer respuestas.

### **Sobre los “padres fundadores”**

Las historias del archivo indigenista que presentamos son historias patriarcales, o más bien, se enmarcan en una historia del patriarcado, la de los padres fundadores de la etnología en Chile. De ahí la necesidad

de la deconstrucción de estos laboratorios de las clasificaciones raciales, étnicas y de género, instituidas por una ley del padre que autoriza el afecto etnológico. De los laboratorios etnográficos estudiados hasta los años 60, solo encontramos una mujer: la arqueóloga Grete Mostny, mujer de disciplina y de institución, mujer que negocia con los poderes patriarcales (incluyendo los de la dictadura pinochetista), y que usa los fetiches disciplinarios y las tradiciones nacionales y paradigmáticas en las que se inscribe para consolidar su posición, manipulando hábilmente roles y estereotipos de género masculino y femenino. Hace poco supimos que esta egiptóloga judío-austriaca, que llega a Chile en 1939 huyendo de la cacería nazi y se jubila como directora del Museo de Historia Natural en 1982, en 1991, poco antes de morir, se llevó de Chile todos sus archivos y colecciones a los Estados Unidos, molesta con el trato y la forma en que terminó su relación con el museo al que dedicó más de 40 años de vida profesional. Si las mujeres no abundan en esta historia como agentes con autoridad científica, saltará rápidamente a la vista su discreta importancia en la coproducción de los laboratorios etnográficos. Para Martin Gusinde, por ejemplo, fue indispensable la colaboración de Nelly Laurence, Gertie, Peine y otras mujeres yaghan que no solo le ofrecieron sus conocimientos, sino que ayudaron a que el sacerdote etnógrafo pudiera obtener sus registros fotográficos, fonográficos y escritos de los ceremoniales, canciones, cuentos y técnicas corporales que componen el archivo de su obra magna. En el caso de Tomás Guevara, las mujeres mapuche, que no duda en llamar “mujeres fáciles”, son el objeto de estudio que le va a permitir desarrollar una ciencia sexual donde la alteridad radical, impúdica, no domesticada, de la vida social mapuche, explica las dificultades del mestizaje y la asimilación nacional. En otros casos, son las momias de signo femenino que ejercen la seducción que el arqueólogo intenta capturar para sí y desactivar para el pueblo que estudia. Y así también, niños y niñas en su irreductibilidad de género, serán a la vez colaboradores y objetos de los laboratorios del patriarcado etnológico.

Por estas y muchas otras razones que se verán en este libro, como “padres fundadores” del archivo indigenista los autores aquí estudiados ejercen fascinación y rechazo. Fascinación, por la fuerza y la inteligencia que requiere la fundación y erección de un corpus que intenta capturar, ordenar y clasificar los registros de la alteridad en el laboratorio indígena, y por la pasión que se requiere para dar un sentido inteligible a

la incorporación de estos pueblos en la materialidad del registro y del archivo de las culturas, y por esa vía, en el imaginario (pos)moderno occidental. Fascinación por la capacidad creativa que implica hacer emerger desde la tradición científica europea, las narrativas históricas y sociales que esa misma tradición todavía no permitía pensar. Y rechazo, porque en ese mismo intento ejercen el poder irrestricto del padre, que impone su nombre y su ley clasificatoria, el de la razón instrumental que reduce el concepto a la identidad, e impone su jerarquía autoritaria sobre “razas”, etnias, géneros y edades, los que busca someter a sus diagramas disciplinarios. Rechazo porque desde nuestro tiempo podemos ver cuán racistas, imperialistas, colonialistas, clasistas y patriarcales fueron estos fundadores, y cuán condescendientes fueron con ellos mismos, incapaces de enfrentarse con decisión a los poderes políticos y económicos de la colonización. Pero como hijos, nietos y bisnietos de estas tradiciones y herederos de estos diagramas y legajos, la empatía filial podrá al menos surgir con la constatación de sus fracasos, esos producidos por las dificultades y obstáculos que crean las estructuras que estos mismos fundadores tenían que derrumbar para dar lugar a sus empresas fundacionales. Se trataría entonces, como dice Patricio Marchant (2000), de la Muerte de la Madre, más que de la Muerte del Padre.

Si en la “tensión esencial” entre tradición y cambio que identifica Tomás Kuhn (1982) como el motor de la historia de la ciencia, la innovación solo puede surgir de un conocimiento exhaustivo de la tradición cultivada al interior de la “matriz disciplinaria” (Fabiani 2006: 13-15), los padres fundadores de habla germana son entonces autores consistentes de una “revolución científica” en Chile, y a pesar de su trabajo al interior de las tradiciones alemanas que los autorizan a manejar los laboratorios y “gobernar” el archivo americano, su capacidad de transformación paradigmática en el contexto chileno será reiteradamente sancionada. La pasión que caracteriza la opción de los adelantados alemanes es precisamente la que moverá las fuerzas de cierta reacción hispanista elitista a oponérseles en vida, viendo el peligro que corrían como pura tradición frente a la fuerza paradigmática de la nueva ciencia etnológica. La modernidad alemana, anclada en el romanticismo populista, buscará en la alteridad negada por las élites criollas los fundamentos para la renovación de un proyecto nacional chileno cuya modernización se hiciera cargo de las tradiciones vernaculares. Como veremos, este proyecto científico con-

vocará a un notable grupo de letrados de la mesocracia criolla, ávidos de ciencia positiva, progreso nacional y modernidad cultural, los que entendieron rápidamente como inclusión de todos los grupos sociales de la nación al gran archivo de la cultura.

La segunda guerra mundial dará el golpe de gracia a la fundación alemana de la etnología en Chile. Las obras de estos europeos serán víctimas de otras fuerzas de innovación, provenientes esta vez de Estados Unidos, cuyos paradigmas tecnofuncionales parecían más libres de tradiciones ideológicas porque favorecían la autonomización disciplinaria y un alejamiento del debate social, hegemonía que se anuncia ya extensamente en la suma etnológica de la ciencia norteamericana, el *Handbook of South American Indians* (Stewardt, 1946)<sup>1</sup>. Mientras tanto, la tradición del indigenismo nacionalista también se hará cargo de evacuar la ciencia alemana, trazando una línea de continuidad única entre José Toribio Medina, Ricardo Latcham y Alejandro Liptzchutz (Berdichewsky 1981), o en un caso más extremo, transformará a Ricardo Latcham en el único y principal antropólogo de la primera mitad del siglo XX en Chile (Mostny 1967). Esto se explica porque el indigenismo practicado por Latcham y Liptzchutz no solo no ponía en peligro la “unidad nacional” de Chile, sino que promovía abiertamente (y desde la antropología física) la patrimonialización colonial republicana de los reductos vivos de la alteridad política y sociocultural. En la refundación que opera con la institucionalización universitaria de las disciplinas antropológicas en los años 50 y 60, los “padres” alemanes son reducidos a la condición de “figuras recesivas” de la ciencia (Fabiani 2006: 27), su trabajo despectivamente clasificado como “antropología de rescate” y la epopeya de la creación museológica del archivo etnográfico queda excluida de la institución del momento fundador como “sobrevivencia” anacrónica. La narrativa autorreferente de la antropología universitaria no solo queda atrapada, como toda narrativa de fundación, en la ilusión de un momento de pura innovación, sino que permite no hacerse cargo del desarrollo paradigmático del nacionalismo

---

1. Ampliamente citada en Mostny (1960), en esta obra participan los principales investigadores norteamericanos del momento, como Wendell Bennett con los capítulos sobre el altiplano andino, los Andes Centrales, los atacameños y Colombia, Junius Bird sobre los Andes del sur, John Cooper sobre los araucanos, Samuel Lothrop sobre los diaguitas, John Murra sobre el Ecuador, Gordon Willey sobre La Candelaria (Argentina), Alfred Kroeber sobre los chibcha, incluyendo unos pocos invitados latinoamericanos como el peruano Luis Valcárcel para el Cuzco y el argentino Canals Frau para los araucanos en Argentina.

vernacular logrado por los alemanes y sus seguidores chilenos, y al tecnicizar la problemática etnológica, tampoco tendrá que rendir cuentas de su relación histórica con los procesos de colonización, lo cual le permitió dedicarse acríticamente (a-históricamente) al proceso de construcción nacional por absorción (“transculturación”) de la alteridad. Finalmente, la antropología universitaria llevará directamente a la rigidificación de los límites disciplinarios, dejando sin problematizar la convergencia de las tradiciones filológicas y naturalistas como su condición histórica de posibilidad. Las pocas historias de la antropología chilena se empezaron a escribir como si todo empezara con la Guerra fría, los norteamericanos y la institucionalización universitaria de las disciplinas como profesiones; cuando no fueron meras listas bibliográficas de la producción en torno a “áreas culturales”.

### **Antropología colonial y antropología posmoderna**

Quizás los personajes que más interés y simpatías han generado en las últimas décadas en la historia de las ciencias sociales, sean los subalternos de los laboratorios etnográficos. Como colaboradores imprescindibles de los etnólogos, por su posición *in-between* entre la disciplina (colonial) y la sociedad (nativa), los llamados “informantes nativos” hacen posible que se pueda hablar realmente de laboratorios, en tanto lugares de experimentación paradigmática donde se realizan las operaciones de clasificación y traducción como diálogo jerarquizado entre las lenguas y las culturas. Los colaboradores nativos de la operación etnológica participan de las representaciones políticas (de *advocacy* o defensa de derechos) y las representaciones etnográficas (de descripción o retrato sociocultural), en tanto sujetos de sus diferentes posiciones de clase, raza y etnia, siempre en la liminalidad de esas clases (Spivak 1988, Bhabha 2002). Estos informantes letrados, conocidos como *évolués* en el imperio francés (Memmi 1956, Manchuelle 1995, de L’estoile 1997, Jézequel 1998, Dartigues 2000), fueron agentes clave en el proceso de producción del archivo indigenista. La etnología los necesitaba y la administración colonial también, y ellos usaron a ambas para afirmar sus posiciones en las sociedades en choque, presos de un pragmatismo no exento de frustraciones y arrepentimientos. Mientras la antropología fundadora intentó instrumenta-

lizarlos como medio de acceso a los agentes de la cultura, la antropología universitaria y el indigenismo tardío los transformaron en su principal objeto de investigación<sup>2</sup>, como sujetos “aculturados” que representaban la última fase del proceso de transculturación de los reductos indígenas en una identidad nacional mestiza. Hasta que los estudios poscoloniales y subalternistas cambiaron la perspectiva sobre este eslabón faltante en el encadenamiento de agencias coloniales, como el que hacía posible en la práctica la producción de una alteridad en la dislocación producida por la situación colonial. Y como los procesos de colonización ocurren en varias escalas (Balibar 1988), un colonizador siempre pudo ser colonizado y un chileno colonizador era también un colonizado de los europeos. Los muchos chilenos como Víctor Chiappa, Tomás Guevara, Aureliano Oyarzún, Eulogio Robles, Augusto Capdeville, Alejandro Cañas, Aníbal Echeverría y otros, seducidos por la imaginación etnológica y folclorista, sus herramientas de recolección y análisis, y sus paradigmas universalistas, evolucionistas o difusionistas, eran a su vez informantes “nativos” de la ciencia europea que acumulaba y pretendía clasificar los registros de la alteridad. Y quizás por eso también, la denegación de esa posición subalterna de los agentes científicos chilenos, su entrega a la seducción metropolitana y su consentimiento con las jerarquías científicas de su interlocución. Sin embargo, es la densidad y extensión de los registros producidos en los laboratorios etnográficos por los colaboradores chilenos e indígenas, las que muestran la importancia que adquirió la ciencia alemana como condición de posibilidad epistemológica para la producción de un archivo indigenista en Chile, a pocos años de iniciada la colonización de territorios y poblaciones del norte y el sur.

Como destacó Georges Stocking (1968: 135-136) en su obra programática, la historia de la antropología se presenta marcada por “incidentes biográficos individuales” que aparecen como *turning points* en el desarrollo de la disciplina. Narrados como proezas etnográficas, estos incidentes constituyen generalmente experiencias de conversión e innovación paradigmáticas que rompen con la tradición que los antecede. Es el lugar asignado al viaje a México del inglés Edward B. Tylor (1856), al

---

2. Aunque no tratadas en este libro, son de interés las relaciones etnográficas conformadas por Frank Speck y Donald Brand con Martín Collío Huaiquilaf en los años 20 y 40; los informantes yaghanes “trasculturados” de Alejandro Lipchutz en los 50 o Carlos Munizaga y Lorenzo Aylapán en los 60.

Baffinland ártico por el alemán Franz Boas (1883) o a las islas Trobriand por el polaco Bronislaw Malinowsky (1918). Estos casos muestran que para las disciplinas etnográficas, las innovaciones paradigmáticas están vinculadas a situaciones de contacto e intercambio con agentes que no participan de la “matriz disciplinaria” (Fabiani 2006). La etnografía, al tener que dar cuenta de enigmas y anomalías que surgen en la experiencia y la interacción social, se revela como espacio disciplinario siempre expuesto a su exterioridad e intervenido por agentes externos a la disciplina, un espacio disciplinador, pero nunca completamente disciplinado. Se trata por ello de una disciplina “de frontera”, en sentido amplio, que delimita una alteridad espacial, corporal y, para el evolucionismo, temporal (Fabian 1983).

Stocking presenta el viaje de Boas al Ártico como la instancia de un giro a la vez disciplinario (“de la física a la etnología”), y paradigmático (del determinismo geográfico al relativismo cultural), ambos como efectos de su experiencia del viaje y del encuentro, de la iniciación y del asombro, de la escritura y la lectura. Es lo que destaca de ciertos episodios del periplo boasiano: con una temperatura de -40 grados Celsius, Boas pasaba “largas tardes” leyendo a Kant, para no volverse completamente “*uneducated*” (Stocking 1968: 143); en Cumberland Sound, luego de 26 horas de viaje en la oscuridad y con -45 grados, el alemán escribe sobre la relatividad de la cultura y el valor de la hospitalidad, mientras comparte carne con los esquimales en un *igloo* (ibíd. 148). Lectura y escritura se complementan así en una temperatura ambiente que da el marco narrativo extremo del rito iniciático, en la doble tensión entre la inmersión en el mundo “nativo” y el retraimiento en el mundo que lleva con él, entre lectura alemana y escritura inuit, educación alemana y alimentación esquimal, o inversamente, entre educación esquimal (materialista) y alimentación alemana (idealista). La caracterización de la experiencia etnográfica plantea así la cuestión del paradigma que usamos para la comprensión de los procesos de producción del conocimiento etnográfico.

### *Dialogía e iniciación: unanimidad, secreto y autoridad*

Nos interesaremos especialmente en las formas de producción de la “autoridad etnográfica” por parte de los autores fundadores de narrativas



etnológicas de la nación, observando la emergencia e inscripción de los agentes de la dialogía etnográfica en el texto de la representación, el estatus dado a ellos y sus marcas por una “función-autor” que puede ser la del “autor-editor” o “coautor” científico o literario, y los efectos de legitimación puestos en juego en estas formas tanto (etno) políticas como (etno) gráficas de la producción y la representación etnológica (Geertz 1989, Clifford 1992 y 1995, Spivak 2010). En su estimulante análisis de la constitución de la autoridad etnográfica del antropólogo francés Marcel Griaule y su equipo en el país dogón (Malí), James Clifford ha mostrado cómo el etnólogo tendió a presentar su etnografía como el resultado de un largo recorrido, “una investigación de largo plazo y de desenlace abierto”. En una primera fase, el etnógrafo se comportaba como “un agresivo coleccionista de observaciones, objetos y textos”, activando un proceso de documentación de la cultura a base de una lógica maquiavélica y a la vez teatral del trabajo de terreno, que no ahorra en esfuerzos, simulacros o engaños para acceder a los “secretos de la cultura”. Fundamentado en la negociación sostenida y engañosa que implicaba, este proceso culminó en una segunda fase, en la que Griaule consigue sus objetivos: “Los patriarcas locales se reunieron y decidieron instruir a Griaule en la *parole claire*, la etapa más alta y más completa del conocimiento iniciático”, convirtiendo al etnógrafo en “el transcriptor de un conocimiento formulado, un traductor, un exegeta, un comentarista” (Clifford, 1995: 108-109), un secretario de la cultura. Griaule pasa así de una posición de “juez” que extrae confesiones, a la de un “estudiante” en proceso de iniciación en un conocimiento esotérico, aunque en ambas fases se trate de acceder a los secretos de la cultura, constituyendo la “verdad” como algo que tiene que ser revelado, “revelación” que es sustraída u ofrecida al investigador. Este paradigma iniciático preserva entonces “la lógica del secreto, una aspiración al conocimiento exhaustivo, una visión del trabajo de terreno como el cumplimiento de un rol”. Además, presenta a las “contrapartes” –los informantes nativos– como “poderosos agentes en el proceso etnográfico, inicialmente astutos estrategas y resistentes llenos de voluntad, luego maestros y colegas” (Clifford 1995: 113). En contraste con este paradigma, que implica la autorepresentación del etnógrafo como “héroe” y una escuela de seguidores leales de esta tradición heroica (Fabiani 2005), Clifford (1995: 110) propone “una concepción de la etnografía como empresa dialógica en la cual tanto los investigadores como los nativos

son creadores activos”, “autores de representaciones culturales”. Mientras que este constructivismo tiende “a dispersar o compartir la autoridad etnográfica”, “los relatos de iniciación confirman la competencia específica del investigador” o, en términos contradialógicos, producen una épica, una ficción monológica orientada a reforzar, por un fundamento heroico y una monumentalización del texto, la autoridad del autor como representante y ya no como secretario de la cultura.

La dicotomía entre los paradigmas dialógico e iniciático se puede entender como una diferencia en el ejercicio práctico de la etnografía –respecto al momento en el terreno, como una manera específica del “estar ahí”, según la expresión de Geertz (1989)– o como efecto del segundo momento de la etnografía, el de la puesta en página del “estar ahí” en el “estar aquí”, el momento de la escritura que presenta los resultados de la investigación. Si asumimos que toda producción textual es dialógica, esta dialogía ocurre obligatoriamente desde el primer momento, el del contacto con los agentes de la alteridad, y es condición de la producción de cualquier informe cultural. Los recientes estudios del archivo etnográfico sobre el que se basa el libro clásico de Marcel Griaule –*Dieu d'eau. Conversations avec Ogotemli*– han ilustrado cómo el etnólogo fue cambiando de enfoque e incluso de proyecto etnográfico a medida que avanzaban sus entrevistas con el anciano Ogotemli y su colaborador Koguem (Docket 2009). Se entiende así que el paradigma iniciático es un efecto del segundo momento etnográfico, cuando desde el “aquí” del investigador, la escritura sobre el “ahí” puede desplegar retóricas iniciáticas, épicas y heroicas, o inversamente, de visibilización dialógica, escritura polifónica y expresión heteroglósica. No se trata entonces de pensar una “nueva” antropología dialógica (toda antropología es dialógica, aunque intente esconderlo), sino más bien pensar la dialogía constitutiva de la “vieja” antropología y los efectos de una narrativa iniciática que subsume la condición dialógica de la escritura en el proceso de producción del archivo etnográfico. Lo que nos lleva obviamente a la pregunta por el interés o el deseo que motivan y articulan esta subsunción, y por las consecuencias de estas estrategias en la escena etnográfica de la producción de los comunitarismos, nacionalismos o diversos racismos y culturalismos.

La teoría del “antropólogo como autor” (Geertz 1989) muestra que la “función-autor” de los textos etnológicos, la unidad virtual de su régimen discursivo, es producto de una narrativa de la autoridad antropológi-

ca que cristaliza entre la oficina etnográfica y la agencia de representación política. Si en la representación etnográfica los textos de la cultura son concebidos como verdades preexistentes que le son reveladas al investigador, el registro de estos textos (sus procedimientos, sus formas narrativas, los sujetos de su acción) puede reforzar la autoridad y la competencia del etnólogo como autor y como político, centrando su posición etnográfica en su “yo testifical”. Inversamente, cuando se asume la etnología como producto de una agencia o laboratorio etnográfico (lo que Palmié en *La cocción de la historia* llama un “interface antropológico”), se puede destacar la dialogía del proceso de investigación y de escritura, reforzando la autoridad de los colaboradores, informantes, intérpretes y otros agentes en una escena de la representación antes presentada como un teatro ventríloquo. Por otra parte, lo que Geertz llama “etnografía realista” también parte de la base de un texto preexistente, el cual sería restituido sin mediación ni intermediario como totalidad significativa, por un antropólogo que desaparece como sujeto de la narración, aunque la gobierne desde la supuesta neutralidad de la tercera persona y su “objetividad mecánica” (Daston & Galison 2012). En este “realismo” etnográfico desaparece tanto el testigo como la coproducción, tanto el sujeto como el proceso, y el texto se presenta como reproducción fidedigna de lo dado, presentación supuestamente textual y neutral de una verdad transparente. Esta escritura esconde los dos momentos de su modo de producción, silenciando la polifonía y el diálogo entre el “ahí” y el “aquí”, el álter y el ego, y presenta la cultura como la naturaleza dada, validado por una heteroglosia codificada en una interioridad disciplinaria, como es la referencia a la “literatura científica” (*sensu* Latour 2005). A diferencia del relato “iniciático”, que es una narrativa testimonial sobre el modo de acceso y captura de un texto preexistente, en la narrativa “realista” los mediadores de la producción de sentido (antropólogos y “colaboradores”) desaparecen para que el texto presente la cultura como dato anterior a esa mediación, es decir, como una totalidad continua, sin fábrica ni fisura, en la cual se supone una misma posición y una “convergencia de intereses” con los “representados” (Skłodowska 1992 y 1993: 83).

Analizando la escritura etnográfica como dispositivo de producción de la cultura, se podrá saber hasta qué punto la etnología registró la polifonía gramatológica de los sujetos, aunque sea bajo la forma de huellas referenciales (nombres propios, retratos fotográficos y textuales,

reconocimientos personales) y no de testimonios completos o discursos propios de los agentes “informantes” diferenciados del de la “función-autor” dominante. Se podrá entender también cómo este dispositivo opera para in/visibilizar las inscripciones y escrituras de los sujetos que informan la etnografía y colaboran en la producción etnológica. Así podremos ver si la referencia al mundo de los informantes etnográficos se impone en el texto como una necesidad narrativa para la validación de la autoridad etnográfica, ya sea en términos iniciáticos o en términos de agenciamiento político de aquellos que contribuyen a la producción del texto etnográfico.

La cuestión dialógica, por ser inherente al proceso de producción etnográfico, es decir al proceso mismo de registro y no solo al de su textualización narrativa, cuando no se encuentra abiertamente expuesta en una narrativa testimonial o dialógica, puede encontrarse en el archivo mismo de la antropología, como lugar de heteroglosia de voces y registros socialmente estratificados. Es entonces el conjunto del archivo del colonialismo que tiene que ser abordado como coproducción estratificada, como lugar de la heteroglosia de voces organizadas jerárquicamente, que quedan ahí registradas con diferentes grados de visibilidad y legibilidad (Comaroff y Comaroff 1992: 33-34). El mismo Clifford apunta a la dialogía constitutiva de la producción etnográfica cuando analiza la imposibilidad de separar las interpretaciones de Griaule de las interpretaciones de los sabios dogon (la “etnografía dogón” de la etnografía de Griaule), en la medida que los mismos sabios entienden que “las fuerzas del desorden, encarnada en el mítico *renard pâle*, el cosmos y la sociedad se reinscriben constantemente”, por lo que “el encuentro etnográfico es una de las ocasiones de su reinscripción, pero con una diferencia significativa: desde ahora la dialéctica dogon del orden y del desorden se despliega en una etapa global y conduce a la inscripción de una nueva clase de totalidad, una esencia o cultura dogon” (Clifford 1995: 112). La “etapa global” señalada es el marco de la contingencia colonial, que privilegia la esencialización sincrónica y totalizadora de un “área cultural”, sostenida en la ficción de una iniciación que otorga autoridad. Al mismo tiempo, la participación de los ancianos dogon en una estrategia de reinscripción etnográfica puede entenderse como “la necesidad de una especie de embajador cultural, un representante calificado que dramatizaría y defendería su cultura en el mundo colonial y más allá” (Clifford 1995: 113).